

Expresión de las emociones, de Darwin

Xavier Lizarraga Cruchaga

PUBLICADO EN 1873 (14 años después de *El origen de las especies*) la obra de Darwin titulada *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* resulta, por decir lo menos, sorprendente. El planteamiento e incluso el abordaje de la problemática, a casi 150 años, deviene no sólo muy actual sino adecuado en su estructura, desarrollo y argumentación.

Como hace en el conjunto de su obra, podemos decir que Darwin, en tanto que habla desde una abierta primera persona del singular, asume su posición de sujeto-observador, que hoy sabemos es imprescindible, en tanto que mirar y concebir implica darle cuerpo, sentido e incluso significado a lo observado. Asume pues al sujeto, que tantos autores evaden, refugiándose en indefinidas terceras personas, tanto del singular como del plural (aún cuando no hayan trabajado en equipo) o bien adoptan un estilo mayestático, que pretende generar sensación de autoridad... de que, lo que se dice, es casi inapelable.

Sin duda, muchas de sus opiniones e incluso afirmaciones hoy nos resultan desagradables o incluso inaceptables. No es de extrañar, por lo mismo, que como hablante desde un espacio cultural concreto (la Inglaterra colonialista y victoriana), muchas de sus reflexiones y afirmaciones (que no dejan de ser categóricas), hoy por hoy, nos resulten casi alarmantes, por sus tintes misóginos, etnocéntrico y racistas... como ocurre con otros autores de innegable importancia y trascendencia como Marx o como Freud; con la salvedad que, frente a lo que ocurre con este último, la misoginia de Darwin (o del mismo Marx), por ejemplo, hoy resulta menos peligrosa, dado que el evolucionismo de Darwin no deriva directamente en discursos valorativos

que afecten en la actualidad a los individuos, como sí lo llegan hacer ciertos discursos psicoanalíticos a partir de los supuestos, las ideas y los planteamientos de Freud.

Como un gran valor del texto, cabe resaltar la actitud autocrítica de Darwin y su postura no sólo analítica sino reflexiva, que en ocasiones nos ofrece muestras de una interesante humildad, como podemos descubrir, por ejemplo, en el siguiente párrafo, con el que plantea el origen mismo de este trabajo:

“...[en 1838] me sentía inclinado a creer en el principio de la evolución, es decir, en la derivación de las especies desde otras formas inferiores. Por tanto, cuando leí la gran obra de Sir C. Bell me resultó insatisfactoria su opinión de que el hombre ha sido creado con ciertos músculos especialmente adaptados para la expresión de sus sentimientos. Parecía más verosímil que el hábito de expresar nuestros sentimientos mediante ciertos movimientos, aun cuando resulte ahora ser innato, hubiera sido adquirido por algún camino de forma gradual. Pero constituía un embrollo nada despreciable descubrir cómo pudieron adquirirse tales hábitos. En su conjunto el problema debía enfocarse bajo una nueva perspectiva y cada expresión exigía una explicación racional. Por imperfecta que pueda haber resultado su ejecución, fue este convencimiento lo que me llevó a intentar la presente obra.” (pp. 51-52).

Asimismo, es de subrayar no sólo lo actual de su trabajo por la problemática que aborda, sino su amplitud de miras, lo que nos permite calificarlo de transdisciplinar. Son muchos y variados los autores a los que acude, en una actitud casi enciclopédica, buscando en sus obras aquellos puntos o detalles que puedan ayudarle en sus propias reflexiones o que incluso puedan servirle como extensiones de sus pro-

pios ojos, en tanto que han podido observar expresiones emocionales en diversos animales y en humanos de muy distintas latitudes y culturas (casi podríamos reconocer en ello, un intento por superar el etnocentrismo). Con ello consigue ofrecer una mirada sobre la especie humana que nos habla, a un tiempo, de unidad y variabilidad... la *unitas-multiplex* de Edgar Morin. Concepción que permite que reconozcamos en Darwin a un científico con inquietudes y propuestas de corte antropológico.

Esa misma diversidad de autores que Darwin no sólo consulta, sino que toma en cuenta, le permiten reconocer la valía de la mirada de los artistas (sobre todo pintores) y literatos, de los que reconoce que son grandes y acuciosos observadores. Ello, me hace pensar en la abierta actitud de algunos de los más importantes científicos de la actualidad que, sin temer a perder esa subjetiva objetividad del hacer científico (por lo menos oficial), no sólo acuden sino que enriquecen sus reflexiones con aproximaciones al arte y en no pocas ocasiones a través del uso de las metáforas... algunos de ellos incluso apoyándose en ciertas místicas o pensamientos de tinte espiritual-religioso (fundamentalmente el budismo). Darwin sin duda tuvo que luchar con la religiosidad de su época y su entorno (muy concretamente la religiosidad de su esposa), pero de manera magistral expuso sus ideas sin declarar ninguna guerra definitiva con el pensamiento religioso, pero tratando siempre de llegar a sus lectores de manera que reconocieran cómo algunos de los puntos que él abordaba no sólo había sido ya abordados por otros científicos, sino que eran reconocibles en el arte, por lo que no duda incluso de citar fragmentos de obras de Shakespeare que sirvan de ejemplo.

De alguna manera podemos reconocer esta obra como uno de los pilares sobre los que se asienta la psicología comparada, así como un texto pionero de lo que en el siglo XX constituyó la etología. Muchos de los conceptos que en estas dos disciplinas se manejan hoy en día, ya están presentes en estas páginas de Darwin (aunque no siempre con la misma significación). Haciendo hincapié, no sólo en los aspectos fisiológicos o más biológicos de la expresividad de las emociones, que sin duda explora y detalla minuciosamente, auxiliándose de los aportes de una gran cantidad de autores contemporáneos suyos



o anteriores. Incluso podemos reconocer que Darwin abre sus preguntas y reflexiones al universo de lo que hoy llamamos “lenguaje no verbal” y llega a conclusiones que muchos años más tarde confirmarán investigadores como Irenäus Eib-Eibesfeld: *el valor y el significado de los gestos, de las muecas, de las miradas...* muchos de ellos reconocibles entre las especies y en diversidad de grupos humanos distantes cultural y geográficamente. Es interesante ver cómo Darwin reconoce importante señalar que muchas de las observaciones se han hecho con grupos que prácticamente no han sufrido la influencia del orden cultural europeo, y que sin embargo expresan con el rostro o con el cuerpo de manera muy parecida emociones como miedo, confianza, sorpresa, duda o inquietud.

Resulta muy interesante su propuesta de los tres principios que, a su juicio “explican la mayoría de las expresiones y gestos usados involuntariamente por el hombre y los animales inferiores bajo la influencia de diversas emociones y sensaciones” (p. 59) Tales principios son, a saber:

- 1) El de *los hábitos útiles asociados*, que alude a complejas acciones que, de manera directa o indirecta y bajo

determinados estados mentales, se manifiestan para aliviar o satisfacer ciertas sensaciones o deseos.

- 2) El de *la antítesis*, que hace referencia a la tendencia involuntaria que hace que se realicen acciones o movimientos contrarios a una sensación o emoción, aún y cuando no devenga utilidad alguna; y
- 3) El de *las acciones debidas a la constitución del sistema nervioso, con independencia de la voluntad y, en cierta medida, también del hábito*. En otras palabras aquellos movimientos producidos por la excitación intensa de un receptor nervioso (sensorio), que desencadena efectos que reconocemos como expresivos; movimientos que dependen, principalmente de las conexiones nerviosas, aunque también en parte del hábito adquirido.

De hecho, desde el planteamiento del primer principio, Darwin comienza a señalar lo importante que para él es el hábito en la expresión emocional. Y en relación a esto cabe señalar que, de alguna manera, está recuperando el significado y en cierta forma el peso que Lamarck le diera al hábito. Sirva todo ello de ejemplo del valor y de la importancia que para Darwin tiene el hábito, pues como el mismo apunta:

“No se sabe bien por qué medios logra el hábito ser tan eficiente para facilitar movimientos complejos, pero los fisiólogos admiten ‘que el poder de conducción de las fibras nerviosas aumenta en función de la frecuencia con que son excitadas’ [...] y agrega más adelante...] suele requerirse un cierto grado de hábito por parte del individuo en aquellos casos en que existe una tendencia heredada o instintiva para ejecutar una acción o desarrollar un gusto hereditario por cierta clase de alimentos.” (pp. 62-63)

Esta valoración de la importancia del hábito, por otra parte, volveremos a encontrarla (con significativas matizaciones que no hay que olvidar) en autores contemporáneos como Rupert Sheldrake, cuando nos ofrece su hipótesis de los campos mórficos y sus resonancias que, según él, juegan un importante papel en los procesos evolutivos, facilitando incluso lo que otros han valorado como posibles saltos evolutivos.

Al desarrollar este primer principio, Darwin se cuida bien de subrayar la singularidad de los *actos reflejos*, debidos

a la excitación de un nervio periférico que influye sobre determinadas células nerviosas que ponen en movimiento a músculos u órganos; todo ello fuera de la dependencia del hábito, aunque postula que, en ciertos casos “presentan una gradación y apenas pueden distinguirse de acciones que han surgido del hábito” (p. 66).

También es interesante descubrir en esta obra, que para Darwin es claro el peso y la importancia que tiene, en el caso del animal humano, la imaginación en la intensidad de una reacción, y cómo en ocasiones respondemos en situaciones no peligrosas como si lo fueran. Al respecto, y haciendo evidente como el acto volitivo a veces es superado por la intensidad de una reacción acompañada del efecto de la imaginación, nos refiere una experiencia propia:

“Una vez puse el rostro pegado al grueso cristal de la vitrina de una víbora en el Parque Zoológico, con la firme intención de no retirarme si la serpiente me atacaba, pero tan pronto como dió un bufido, mi resolución se deshizo y di un salto hacia atrás [...] Mi voluntad y razón carecían de fuerza frente a un peligro imaginado del que nunca había tenido experiencia.” (p. 69).

Más adelante, Darwin aborda la problemática de los *movimientos habituales carentes de propósito*... las aparentes conductas sin sentido. A través de una serie de ejemplos (principalmente de conductas animales). A lo largo de este apartado sorprende la capacidad de observación y de descripción de Darwin, que nos retrata como en cámara lenta los movimientos y los cambios que se producen en los animales frente a determinadas situaciones. Así, nos ofrece una amplia panorámica de explicaciones que tienen como sustrato su convencimiento y compromiso con su teoría de la evolución. Sirva de ejemplo, cuando detalla ciertas acciones que en el presente del animal observado pueden parecerse inútiles, sin cumplir función alguna, como en el perro los movimientos de las patas traseras después de defecar, como si intentara ocultar los excrementos, aunque ni lo hace ni parece pretenderlo; movimientos que Darwin considera que probablemente son residuos de conductas que fueron útiles para especies precedentes.

Posteriormente, entra a desarrollar el segundo principio que propone, el de la antítesis; para ello, nos describe situaciones y conductas observadas principalmente en perros

y gatos, lo que le permite, tras una reflexión, plantear que el hacer movimientos opuestos como acción directa a sensaciones o emociones opuestas tiene un importante papel en la comunicación, tanto intra como interespecífica. Para explicar este principio, recurre a una serie de ejemplos de cómo para una situación de alerta, confrontación o miedo se realizan movimientos y expresiones totalmente inversos a los que se realizan en situaciones de relajación, sumisión o seguridad.

El más que cauteloso Darwin subraya que fácilmente podemos confundir expresiones innatas con expresiones artificiales (que derivan de acciones premeditadas o de convenciones culturales) con otras realmente universales, en tanto que innatas y características de una forma animal. A lo que añade que es difícil saber si algunos movimientos expresivos son o no de origen innato en una especie o si, en un primer momento, fueron producto de una acción deliberada (ejecutados volitiva y conscientemente) y posteriormente, por efecto del hábito, se fijará como un movimiento que se realiza sin intervención de la voluntad, derivando en instinto en las especies que le siguen en el tiempo. Afirmación que sin duda nos hace pensar en la idea lamarckiana de los caracteres adquiridos que se heredan, aunque en este caso no se trate de características físicas sino de movimientos que involucran a músculos y nervios. Para él, en última instancia, tales conductas, en la medida en que resultan útiles llegan a ser necesarias y terminan por constituir un rasgo que se trasmite y selecciona favorablemente.

Cabe apuntar que Darwin utiliza constantemente un concepto que, en el siglo XX, no ha dejado de producir polémica: *instinto*, mismo que no precisa más allá de pensarlo como una conducta no aprendida. Por otra parte, llama la atención cómo insiste en distinguir entre conductas conscientes e inconscientes, pensando a éstas últimas como no premeditadas ni volitivas, pero distinguiéndolas de las que derivan de una acción refleja. Y, de alguna manera, a lo largo del texto da ejemplos y detalla procesos que recuerdan a lo que muy posteriormente Konrad Lorenz identificará y llamará *impronta*... aunque nunca detalla el fenómeno en sí y mucho menos lo analiza y explica.

En el tercer principio, Darwin postula que ciertas acciones reconocibles como expresivas de emociones y estados mentales son resultado de la constitución misma del sistema nervioso y, por lo mismo, independientes de la voluntad y de la habituación, con lo que, de alguna manera, vuelve a tomar distancia respecto a Lamarck, porque no considera que esta constitución nerviosa se modifique por el uso y

derive en heredable. Y a continuación, vuelve a ofrecer una serie de ejemplos, algunos de ellos sorprendentes, como es la de la pérdida de color del cabello por efecto de una sobre estimulación producto de una gran pérdida emocional o un terror intenso. Este como otros ejemplos, además, se significan peculiares porque además carecen de utilidad alguna para el individuo, sea en términos de sobrevivencia o de comunicación... aunque sin duda, hoy habría que añadir que puedan terminar comunicando algo, pese a que no haya intención de hacerlo y, por lo mismo, puedan colocar al individuo en una situación de cierta vulnerabilidad. Tal es el caso del mismo ejemplo que él da que es el temblor, cuando dice:

“De entre todas las emociones el miedo es sin duda la más proclive a producir temblor, aunque también lo produzca en ocasiones un enojo o una alegría intensa.” (p. 96).

Y de ahí pasa a dar una amplia reseña de cómo situaciones diversas tienen su efecto directo sobre múltiples estructuras y órganos del cuerpo, como el corazón y pone ejemplos como el de las lágrimas, que si bien dependen de la conexión de ciertas células nerviosas, pueden cumplir otras funciones y terminar siendo significadas como expresión de emociones como la tristeza. Resulta interesante que Darwin, a partir de tales reflexiones y apoyándose en los trabajos de Herbert Spencer, llegue a afirmar que:

“Esta transmisión involuntaria de fuerza nerviosa puede ir o no acompañada de conciencia [...] cuando el sistema cerebro espinal está muy excitado y la fuerza nerviosa se genera en exceso, puede ser utilizada en sensaciones intensas, actividad pensante, movimientos violentos o aumento de la actividad glandular.” (p. 99)

Todo lo cual, de alguna manera, a la postre dará pie a importantes nociones que, en el siglo XX enriquecerán la comprensión del fenómeno humano, desde una perspectiva comportamental, como sujeto sensible y expresivo; sin ir más lejos, podemos reconocer que de estas ideas se deriva con fluidez hacia nociones como la de *libido*, que trabajará ampliamente Freud. Por otra parte, es interesante cómo precisa que en ocasiones los estados de ánimo pueden, en un principio, ser excitantes para en seguida derivar a depresores, con lo cual es comprensible el proceso desencadenante de estados de depresión, ansiedad y angustia, e incluso originar reacciones emocionales que tergiversan la percepción de la realidad y provocan la generación de culpas.

A partir de ahí, Darwin vuelve a trabajar sobre una innumerable cantidad de ejemplos, que fácilmente pueden ser reconocidos por el lector dado a observar a los otros y buscar explicarse a sí mismo, a partir y en función de reconocer semejanzas y diferencias.

Tras exponer los tres principios que considera fundamentales para abordar el tema de las emociones y su expresión, Darwin reconoce que con frecuencia “es imposible [...] decidir el peso que hay que otorgar a uno u otro principio, de modo que muchos aspectos de la Teoría de la Expresión siguen siendo inexplicables.” (p. 110)

A continuación, explora otros aspectos importantes para la comprensión, tanto de las emociones y de la expresión de las mismas, como la emisión de sonidos, que concibe como producibles de muy diversas formas, y que al mismo tiempo tienen una carga semántica plural, en función de qué los desencadena y qué llegan a significar para el propio individuo o para los miembros de su misma especie o de otras; y nos recuerda que ya en su libro sobre el origen del hombre, recalcó la importancia de ello en el surgimiento y desarrollo de la voz. Identifica entre las diversas especies de animales no humanos y en el propio animal humano, una pluralidad de llamadas, avisos o advertencias, que sin duda expresan estados anímicos y modifican estos mismos estados en otros individuos.

Llegando a este punto, Darwin se pregunta cuál pudo ser el origen de la emisión de sonidos vocales, y especula que en un principio pudo ser el resultado de contracciones involuntarias y carentes de finalidad de la glotis y de músculos del pecho, y que posteriormente estas emisiones sonoras comenzaran a ser usadas con fines específicos en una gran cantidad de situaciones. No es raro encontrar, nos dice, que los animales emitan sonidos para provocar un amplio número de sensaciones en otros individuos, tales como terror, curiosidad, excitación sexual, etcétera, así como desencadenar conductas de acercamiento o alejamientos. No

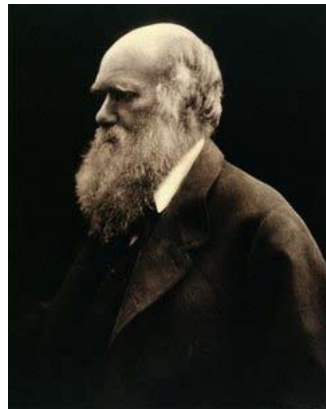
obstante, reconoce que: “Es poco probable que podamos dar siempre una explicación precisa de la causa o fuente de cada sonido particular bajo distintos estados de ánimo.” (p. 113). Y subraya que, en estado de domesticación, algunos animales adquieren el hábito de emitir sonidos que no les son propios si viven en estado salvaje.

Un paso lógico en su reflexión es ir de este punto al de la expresión musical, que reconoce como tema difícil de comprender; lo cual no le impide también explorar cómo ésta perturba, de una u otra manera, el ánimo de los individuos y que, en cómo altera las emociones y los sentimientos, mucho tienen que ver el ritmo, la cadencia, la intensidad, lo agudo o lo grave, etcétera; y concluye afirmando que: “El mismo sonido produce efectos por completo distintos al oído según se escuche en conexión con una u otra serie de sonidos.” (p. 117)

Otro punto interesante que considera Darwin con relación a los sonidos es que muchas veces, cuando estos resultan agradables a una especie también pueden serlo para aquellas otras que comparten semejanzas en sus sistemas nerviosos. Ahora bien, Darwin no se conforma con estudiar los sonidos vocales (o vocalizaciones), sino que también se interesa por los producidos por medio de otras estructuras anatómicas, tales como miembros anteriores o posteriores, colas, plumas, etcétera.

Cabría apuntar que gran cantidad de los actuales estudios etológicos o del comportamiento humano pasan por alto muchos de los detalles sobre los que, de manera magistral, reflexiona Darwin. Incluso me pregunto ¿cuántos psicólogos, psiquiatras, etólogos, antropólogos, pediatras, etcétera, realmente nos hemos tomado la molestia de pensar qué connotaciones profundas y polisemias tienen, no sólo un grito, sino también su cadencia, ritmo, duración, volumen, grado de agudeza o gravedad del mismo? ¿Cuántos matices singulares podemos identificar y comprender en dos gritos que acompañan a una sensación de miedo, de asombro, de resistencia a algo?

En su análisis y reflexión, Darwin continúa con una lista de manifestaciones como *la erección de apéndices dérmicos* (nos dice), refiriéndose al pelo, las escamas o las plumas, y concluye que pueden encerrar numerosos significados como temor, molestia o confrontación, y se erectan también cuando se exhiben para intimidar o atraer a un macho o a una hembra, por ejemplo. Ahora bien, Darwin aborda el asunto de las significaciones con cautela, en la medida en que reconoce que estas erecciones son manifestaciones más que claras de actos reflejos, total-



mente independientes de la voluntad, y que por lo mismo no deben pensarse como facultades adquiridas sino como resultado de excitaciones nerviosas. Aunque no duda en afirmar, no sin cautela, que:

“...las acciones ejecutadas por la contracción de los músculos voluntarios deben haberse conjugado con las que realizan los músculos involuntarios para la misma finalidad concreta. Es posible incluso que los animales, cuando estaban excitados y tenían conciencia confusa de ciertos cambios en el estado de su pelo pudieran haber actuado sobre él por continuos esfuerzos de la atención y la voluntad. Pues tenemos razones para suponer que la voluntad es capaz de influir de un modo obscuro en la acción de algunos músculos involuntarios o lisos...” (p. 129)

Asimismo, Darwin reflexiona, en términos similares sobre aquellas acciones y conductas como inflar el cuerpo o partes de él, mostrar los dientes o colocar en determinada posición orejas, rabos y demás con el fin de aparentar mayor tamaño, imponerse e influir miedo en un adversario potencial, sea de la misma especie o no.

Tales ideas, en lo personal, me permiten imaginar que, en el devenir del proceso de humanización, significaciones similares a las que se producen por este tipo reacciones involuntarias, bien pudieron en el seno de los grupos sociales ser buscadas *ex profeso* a través de provocar modificaciones de los cuerpos (desde peinados hasta deformaciones somáticas), generando nuevos lenguajes emocionales que devienen con frecuencia identitarios o se significan como señales que avisan o dan constancia de logros, de superación de pruebas, etcétera.

En todo el quinto capítulo, Darwin se detiene a detallar algunas expresiones, que él llama especiales, en unas cuantas especies a las que dedicó mucho tiempo en observar, tales como perros, gatos, caballos, rumiantes y monos. Expresiones de sensaciones o emociones como el miedo, el afecto, la alegría, el jugueteo, la inquietud y la calma, la satisfacción o la frustración, el enojo o la furia, el placer o el dolor. Y al exponer sus observaciones, aprovecha para intercalar algunos comentarios relativos al animal humano, sin duda en ese espíritu evolucionista que le permitía pensarnos como parte de uno amplio espectro de variabilidad y continuidad de caracteres y cualidades, por lo que insiste diciendo:

“Aunque no puede darse una explicación de algunas de las expresiones de los animales inferiores al hombre, la mayor parte se explican de acuerdo con los tres principios propuestos al comienzo del primer capítulo.” (p. 166)

De ahí pasa a abordar expresiones especiales en el animal humano, particularmente el sufrimiento y el llanto, y retoma lo dicho con anterioridad sobre la emisión de sonidos como el grito o el gemido. Tras subrayar que dichos signos de sensación y emoción suelen ir acompañados o seguidos de palidez, sudoración, postración o temblores, detallando la actividad muscular que deviene en gestualizaciones precisas que incrementan la expresividad de los sentimientos, aunque en principio no sea éste el fin, sino una actividad no premeditada que acompaña a la emoción sentida, en la medida en que los recorridos y las inserciones musculares son movidos de manera involuntaria... músculos que muchas veces no asociamos conscientemente con el sentimiento o la emoción sentida.

Es de admirar que, en varios de estos capítulos, Darwin incluso se preocupa por diferenciar los movimientos y las estructuras anatómicas involucradas y asociadas a la expresión de emociones en diversos momentos ontogenéticos del individuo, diferenciando al niño del joven y el adulto, incluso del anciano, así como diferencia la expresividad de las mujeres y de los hombres. Sin olvidar que algo o mucho de todo ello se debe a convencionalismos y significaciones (valorizaciones) culturales y sociales, “tanto [en lo que él llama] las razas civilizadas como en las primitivas.” (p. 174).

Darwin se detiene a precisar singularidades en la expresividad emocional de personas afectadas de sus facultades mentales, encontrando significativas diferencias en la expresividad de algunas emociones, y da llamados de atención para comprender que con frecuencia “enfermedades cerebrales como la hemiplejía, el agotamiento cerebral y el deterioro senil encierran una tendencia especial a producir llanto. El llanto [nos dice] es corriente en el insano, incluso después de llegar a un estado completo de fatuidad y haber perdido la capacidad de hablar.” (p. 175) Aunque, sin duda, hay que reconocer que, desde la perspectiva de su época, para Darwin y otros estudiosos a los que él recurre (como es el caso de Maudsley, al que cita) consideran que como el idiota, por ejemplo, es un individuo cuyo “cerebro está en un estadio retrasado podemos presuponer que manifestará sus funciones más primitivas y no funciones superiores [a lo que añade, siguiendo al mencionado autor] el mismo punto de vista puede extenderse al cerebro degenerado de ciertos pacientes enfermos mentales.” (p. 256)

Con igual detalle, sigue con las descripciones, análisis y reflexiones en torno al decaimiento, la ansiedad, la pena, el desaliento y la desesperación en el hombre, la alegría,

el buen humor y la jovialidad, el amor y los sentimientos de ternura, el ensimismamiento, la meditación, el mal humor, la reflexión, la burla, el desdén y el desprecio, la culpabilidad, el orgullo, la impotencia y la paciencia, el resentimiento y la determinación, y un largo etcétera; y cómo todas ellas van acompañadas de una amplia gestualidad, de una diversidad de contracciones musculares involuntarias que dan rostro a las emociones y sensaciones con la aparición de arrugas, de nuevos dibujos de las facciones y de cambios en las pretendidas simetrías del rostro, así como de alteraciones en el ritmo y la intensidad de la respiración, el acompañamiento de gemidos, suspiros y tenues vocalizaciones involuntarias. Acompañando todo esto con las sabidas referencias a los muchos trabajos de otros estudiosos, así como de fotografías que ilustran sus observaciones, como en páginas anteriores hace a través de magníficos grabados... y esto me parece importante destacarlo, porque finalmente tales ilustraciones no son meros adornos del texto, sino una importante aportación en su calidad de dato, de fuente primaria para el análisis y la discusión.

Este detallado trabajo es sin duda un magnífico ejemplo de un hacer antropológico que con frecuencia no es reconocido en el medio, más allá de la antropología física, pero es de suyo necesario reconocer que Darwin se preocupó por saber en qué medida un gesto, una expresión, una manifestación emocional era atribuible a la especie humana, más allá de las muchas y claras diferencias existentes entre los pueblos y las culturas del mundo. Pero también deberíamos pensar esta obra como un texto obligatorio para la gente del teatro y del cine, en la medida en que puede incluso ser utilizado como un amplio y detallado manual para gestualizar con precisión las emociones que los personajes creados por el dramaturgo o el guionista tienen que transmitir a los espectadores. Un manual práctico que permite reconocer el músculo que debe contraerse o relajarse, la inclinación del labio o de la ceja que intensificará los efectos que pueden producir los parlamentos. Darwin insiste en que mucho de esa gestualidad expresiva es involuntaria, pero también nos recuerda que en ella participan músculos que pueden estar bajo nuestro control. Finalmente, como el propio Darwin afirma:

“Muchas de nuestras emociones están conectadas de forma tan estrecha a su expresión que es difícil que puedan existir si el cuerpo se mantiene pasivo, dependiendo sobre todo la naturaleza de la expresión de las acciones que se hayan ejecutado habitualmente bajo ese estado particular de ánimo [...a lo que

añade] un hombre puede odiar intensamente a otro, pero en tanto que la condición de su cuerpo no se altere no cabe decir que esté enfurecido.” (p. 251)

Ahora bien, Darwin se cuida de caer en la tentación de generalizar y simplificar en exceso la realidad, por lo que subraya que la mayoría de los complejos estados de ánimo difícilmente se manifiestan por una expresión fija y tan clara como para que pueda ser descrita; son tantos y tan variados los detalles que caracterizan a las emociones, que resulta tarea ardua y difícil delimitarla con precisión. Y más aún cuando, como él mismo hace, se busca encontrar singularidades entre los pueblos y las culturas del mundo, incluso entre aquellos pueblos que han estado en contacto y comparten momentos históricos como pueden ser las diferentes naciones europeas.

Tras toda esta detalladísima panorámica de la expresividad de emociones y sensaciones, en la que intercala observaciones con reflexiones, Darwin recapitula lo que considera más destacable de lo abordado en todos los capítulos y cómo los principios propuestos al comenzar el trabajo, no sólo le sirven de guía sino de caldo de cultivo de sus conclusiones, entre las que cabe destacar las siguientes que, finalmente, articulan este trabajo con su propia mirada evolutiva:

“He pretendido demostrar, aportando considerables detalles, que todas las expresiones más importantes exhibidas por el hombre son iguales en todo el mundo. El hecho es interesante, ya que proporciona un nuevo argumento a favor de que las distintas razas descienden de un mismo tronco paterno, que debe de haber sido casi humano del todo en su estructura, y en gran medida en su mente, antes del período en el cual las razas divergieron entre sí [...] si tenemos en cuenta los numerosos rasgos de estructura que no guardan relación con la expresión en los que concuerdan al detalle todas las razas humanas, y añadimos después a todo ello la cantidad de aspectos, algunos de la mayor importancia y muchos de valor insignificante, de los cuales dependen directa o indirectamente los movimientos de la expresión, me parece improbable en grado sumo que una similitud tan grande o, más bien, que tal identidad de estructura, pueda haber sido adquirida por caminos independientes.” (p. 359-360)•

Darwin, Charles (1873): *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, Col. El Libro de Bolsillo n.1011, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

XAVIER LIZARRAGA CRUCHAGA es profesor e investigador adscrito a la Dirección de Antropología Física del INAH, en la que actualmente se desempeña como Director. Correo electrónico: xlizarragacruchaga@yahoo.com.mx